POR RODRIGO FRESÁN

Hay escritores que sienten una especial propensión a destruir el planeta o, mejor todavía, borrar a los hombres de su superficie. Kurt Vonnegut es uno de ellos pero ninguno como el inglés John Wyndham Parkes Lucas Beynon Harris (1903-1969). La carrera literaria de Wyndham se divide claramente en dos partes: antes de la Segunda Guerra Mundial con inocentes fantasías del tipo interplanetario y después de la Segunda Guerra Mundial cuando la clase media británica se enfrenta a los horrores de la posguerra y a una suerte de fin del mundo en cámara lenta. Es entonces cuando Wyndham descubre cuál será su Gran Tema: horrores más terribles que lo cotidiano para distraer a sus compatriotas, quienes inmediatamente lo convierten en best-seller y lo proclaman el más grande imaginador fantástico desde Wells. Así Wyndham abre las puertas de su imaginación para que las mujeres de un pueblo sean embarazadas por el paso de un cometa y den a luz niños monstruosos (*The Midwich Cuckoos*), criaturas de las profundidades que salen a la superficie para hundir barcos y todo eso (*The Kraken Wakes*), esporas asesinas provenientes del espacio exterior (*The Chrysalids*)... De todas ellas, quizá la más perdurable sea *El día de los trífidos* (1951), en buena parte gracias a su principio inolvidable: un hombre se despierta en una cama de hospital para descubrir que todos se han vuelto ciegos menos él... y que unas plantas conocidas como trífidos (de probable origen extraterrestre y cultivadas por su valioso aceite) se han hecho cargo de la situación creando una civilización vegetal dispuesta a vengarse de los hombres por sus maltratos al planeta. En este sentido, tanto esta novela -como otras de Wyndham– podrían considerarse como las fundadoras de una ciencia-ficción marca Greenpeace con la salvedad de que, al fin, los sobrevivientes elegidos consiguen triunfar y sobreponerse a estas catástrofes domésticas siempre narradas con un tono afable donde la muerte de millones de personas nunca entristece demasiado a los héroes del asunto. Al final, final feliz.

Fueron muchos los escritores del género que tomaron la posta de Wyndham sugiriendo variantes cada vez más sofisticadas del apocalipsis donde la destrucción de nuestro ecosistema está siempre presente. *Cronopaisaje* de Gregory Benford, así como las varias novelas "paisajísticas" de J. G. Ballard se cuentan entre las mejores. Mientras tanto, ahora, el mundo se sigue descomponiendo y una reciente encuesta en Estados Unidos sobre cuál será la próxima gran catástrofe reveló los siguientes datos: una Asia independiente y el avance del Islam. Seguiremos informando...

El catastrofista



Madre con hijo raro: *The Village of the Damned* (1960).

El día de los trífid

POR JOHN WYNDHAM

Mi conocimiento de los trífidos fue temprano. Ocurrió que uno de los primeros, entre los que aparecieron en la localidad, creció en nuestro jardín. La planta había llegado a desarrollarse antes que nosotros advirtiésemos su presencia, pues había crecido junto con algunos matorrales detrás del cerco que ocultaba el depósito de basura. No hacía allí ningún daño, y no ocupaba el sitio de ninguna otra planta. De modo que desde el día en que la descubrimos íbamos a verla de cuando en cuando, y dejamos que creciera.

Sin embargo, un trífido es sin duda algo distinto, y al cabo de un tiempo sentimos cierta curiosidad. No una curiosidad muy grande, pues en los rincones abandonados de un jardín siempre hay algunas cosas raras, pero sí lo suficiente como para que nos dijésemos unos a otros que la planta estaba tomando un aspecto bastante curioso.

Ahora que todos saben demasiado bien cómo es un trífido, es difícil describir qué raros y *extraños* nos parecieron aquellos primeros individuos. Nadie, hasta donde llegan mis recuerdos, sintió alguna alarma o malestar. Pienso que la mayoría pensaba de ellos –cuando pensaban– lo mismo que mi padre.

Tengo en la memoria la imagen de mi padre mientras examinaba intrigado a nuestro trífido, ya de un año de edad. Era una réplica en pequeño de un trífido adulto, con casi todos sus detalles, sólo que por ese entonces la planta no tenía nombre, y nadie había visto un ejemplar totalmente desarrollado. Mi padre se inclinó sobre el trífido, mirándolo a través de sus anteojos de carey, tocando el tronco con las puntas de los dedos y resoplando suavemente como era su costumbre cada vez que meditaba. Inspeccionó el tallo recto y la masa de madera de donde éste surgía. Prestó una curiosa aunque no muy penetrante atención a las ramitas desnudas que crecían en la parte alta del tronco. Palpó las hojas verdes y correosas con el pulgar y el índice, como si su aspereza pudiera decirle algo.

Luego espió el interior de aquella curiosa formación en forma de embudo que crecía en lo alto del tallo y bufó reflexivamente, pero indeciso, por entre sus bigotes. Recuerdo la primera vez que me alzó en sus brazos para que mirara el interior del cáliz y su enroscado verticilo. Era algo similar a la hoja nueva y enrollada de un helecho y sobresalía unos veinticinco centímetros de la masa pegajosa que llenaba el fondo del cáliz. No toqué esa masa, pero comprendí que era pegajosa porque varias moscas y otros pequeños insectos estaban debatiéndose en ella.

Más de una vez mi padre declaró con aire meditativo que aquella planta parecía muy rara de veras y anunció que uno de esos días iba a tratar de saber qué era realmente. No creo que lo haya intentado, y aunque lo hubiese hecho no hubiera averiguado mucho por aquel entonces.

> Ahora que todos saben demasiado bien cómo es un trífido, es difícil describir qué raros y *extraños* nos parecieron aquellos primeros individuos.

Nuestro trífido tenía en aquella época un metro de altura. Otros muchos estaban creciendo en distintos sitios, tranquila e inofensivamente, sin que nadie les prestara particular atención; al menos así parecía, pues de la posible excitación de los biólogos y los botánicos nada llegó a la generalidad del público.

Poco tiempo después uno de los trífidos recogió sus raíces, y caminó.

Ese increíble acontecimiento tuvo que haber sido conocido, por supuesto, en Rusia, aunque la noticia no se difundió al exterior. De las otras regiones del mundo la primera fue Indochina, lo que significa que la gente apenas se fijó en el fenómeno. Indochina es una de esas regiones en las que, se cree, pueden ocurrir los sucesos más curiosos e inverosímiles, y donde a veces realmente ocurren; esos sucesos a los que echa mano el editor de un periódico cuando escasean las noticias y un toque del "misterioso Oriente" pueden elevar un poco el interés de la publicación. En el curso de unas pocas semanas comenzaron a llegar rumores de unas plantas ambulantes desde Sumatra, Borneo, el Congo Belga, Colombia, Brasil y otras regiones ecuatoriales.

Esta vez las noticias fueron difundidas por los periódicos, es cierto. Pero las excesivamente elaboradas historias, redactadas con esa mezcla de prudencia y frivolidad que la prensa emplea habitualmente con las serpientes marinas, los fenómenos ocultos, y la transmisión del pensamiento y otros hechos irregulares, impidieron que alguien llegase a comprender que esas notables plantas fuesen hermanas del tranquilo y respetable arbusto que crecía en un rincón de nuestro jardín. Pero cuando comenzaron a publicarse algunas fotografías advertimos que las plantas eran idénticas. Sólo se diferenciaban por el tamaño.

Los hombres de los noticieros recogieron en seguida la novedad. El trabajo de volar a regiones incivilizadas fue sin duda recompensado con algunas buenas e interesantes fotografías, pero los encargados del montaje creían que más de unos segundos de cualquier tema –excepto un match de boxeo– paralizaban irremediablemente de aburrimiento a la totalidad del público. Mi primera visión, pues, de ese desarrollo que tanta importancia iba a tener en mi futuro, como en el de mucha otra gente, fue sólo un relámpago entre un concurso de hula en Honolulú y un acorazado botado por la Primera Dama. (Este no es un anacronismo. En ese entonces todavía construían acorazados; hasta los almirantes tenían que vivir.) Así que me permitieron ver a unos pocos trífidos que se balanceaban en la pantalla acompañados por el comentario que se supone adecuado para la mente del público aficionado al cine:

–Y ahora, amigos, observen lo que nuestro cameraman ha encontrado en Ecuador. ¡Vegetales de vacaciones! Estas cosas sólo se ven después de una fiesta, pero en el soleado Ecuador se las ve en cualquier momento, ¡y sin las molestas consecuencias del alcohol! ¡Plantas monstruosas en marcha! ¡Pero oigan, esto me da una gran idea! Quizá si educamos a nuestras patatas logremos que se metan ellas solas en el caldero. ¿Qué le parece, señora?

Durante el corto tiempo que duró la escena, yo miré fascinado. Ahí estaba la misteriosa planta de nuestro jardín, y con un tamaño de más de dos metros. No había duda, ¡y caminaba!

El tronco, algo nuevo para mí, estaba cubierto de raicillas. Sin aquellas delgadas protuberancias que crecían en la parte baja, hubiese sido casi redondo. Sostenido por esas protuberancias, se elevaba a unos treinta centímetros del suelo.

Cuando la planta "caminaba" parecía un hombre con muletas. Dos de las delgadas "piernas" se movían hacia adelante, y la planta se balanceaba hasta que la rama trasera alcanzaba casi a las otras dos. Estas volvían entonces a adelantarse. Con cada paso el largo "tallo" se sacudía violentamente hacia adelante y hacia atrás. Mareaba casi mirarlo. Como método de traslación parecía violento e incómodo a la vez, y recordaba los juegos de los elefantes jóvenes. Uno sentía que si la planta seguía sacudiéndose así, durante cierto trecho, terminaría por perder todas sus hojas, si es que no se quebraba el tallo. Sin embargo, a pesar de esa aparente torpeza, la planta se movía con la velocidad del paso común.

Eso fue todo lo que pude ver hasta que apareció la escena del acorazado. No era mucho, pero sí lo suficiente como para encender el espíritu de investigación de un jovencito. Pues si la planta podía hacer eso en el Ecuador, ¿por qué no iba a hacerlo en nuestro jardín? Indudablemente, la nuestra era mucho más pequeña, pero *parecía* la misma...

Minutos después de llegar a casa yo ya estaba excavando alrededor de nuestro trífido, removiendo cuidadosamente la tierra

El día de los trífidos



UNA PLANTITA DE *THE DAY OF THE TRIFFIDS* (1963) EN ACCIÓN.

POR JOHN WYNDHAM

Mi conocimiento de los trífidos fue temprano. Ocurrió que uno de los primeros, entre los que aparecieron en la localidad, creció en nuestro jardín. La planta había llegado a desarrollarse antes que nosotros advirtiésemos su presencia, pues había crecido junto con algunos matorrales detrás del cerco que ocultaba el depósito de basura. No hacía allí ningún daño, y no ocupaba el sitio de ninguna otra planta. De modo que desde el día en que la descubrimos íbamos a verla de cuando en cuando, y dejamos que creciera.

Sin embargo, un trífido es sin duda algo distinto, y al cabo de un tiempo sentimos cierta curiosidad. No una curiosidad muy grande, pues en los rincones abandonados de un jardín siempre hay algunas cosas raras, pero sí lo suficiente como para que nos dijésemos unos a otros que la planta estaba tomando un aspecto bastante curioso.

Ahora que todos saben demasiado bien cómo es un trífido, es difícil describir qué raros y *extraños* nos parecieron aquellos primeros individuos. Nadie, hasta donde llegan mis recuerdos, sintió alguna alarma o malestar. Pienso que la mayoría pensaba de ellos –cuando pensaban– lo mismo que mi padre.

Tengo en la memoria la imagen de mi padre mientras examinaba intrigado a nuestro trífido, ya de un año de edad. Era una réplica en pequeño de un trífido adulto, con casi todos sus detalles, sólo que por ese entonces la planta no tenía nombre, y nadie había visto un ejemplar totalmente desarrollado. Mi padre se inclinó sobre el trífido, mirándolo a través de sus anteojos de carey, tocando el tronco con las puntas de los dedos y resoplando suavemente como era su costumbre cada vez que meditaba. Inspeccionó el tallo recto y la masa de madera de donde éste surgía. Prestó una curiosa aunque no muy penetrante atención a las ramitas desnudas que crecían en la parte alta del tronco. Palpó las hojas verdes y correosas con el pulgar y el índice, como si su aspereza pudiera decirle algo. Luego espió el interior de aquella curiosa formación en forma de embudo que crecía en lo alto del tallo y bufó reflexivamente, pero indeciso, por entre sus bigotes. Recuerdo la primera vez que me alzó en sus brazos para que mirara el interior del cáliz y su enroscado verticilo. Era algo similar a la hoja nueva y enrollada de un helecho y sobresalía unos veinticinco centímetros de la masa pegajosa que llenaba el fondo del cáliz. No toqué esa masa, pero comprendí que era pegajosa porque varias moscas y otros pequeños insectos estaban debatiéndose en ella.

> Ahora que todos saben demasiado bien cómo es un trífido, es difícil describir qué raros y *extraños* nos parecieron aquellos primeros individuos.

Más de una vez mi padre declaró con aire meditativo que aquella planta parecía muy rara de veras y anunció que uno de esos días iba a tratar de saber qué era realmente. No creo que lo haya intentado, y aunque lo hubiese hecho no hubiera averiguado mucho por aquel entonces.

Nuestro trífido tenía en aquella época un metro de altura. Otros muchos estaban creciendo en distintos sitios, tranquila e inofensivamente, sin que nadie les prestara particular atención; al menos así parecía, pues de la posible excitación de los biólogos y los botánicos nada llegó a la generalidad del público.

Poco tiempo después uno de los trífidos recogió sus raíces, y caminó.

Ese increíble acontecimiento tuvo que haber sido conocido, por supuesto, en Rusia, aunque la noticia no se difundió al exterior. De las otras regiones del mundo la primera fue Indochina, lo que significa que la gente apenas se fijó en el fenómeno. Indochina es una de esas regiones en las que, se cree, pueden ocurrir los sucesos más curiosos e inverosímiles, y donde a veces realmente ocurren; esos sucesos a los que echa mano el editor de un periódico cuando escasean las noticias y un toque del "misterioso Oriente" pueden elevar un poco el interés de la publicación. En el curso de unas pocas semanas comenzaron a llegar rumores de unas plantas ambulantes desde Sumatra, Borneo, el Congo Belga, Colombia, Brasil y otras regiones ecuatoriales.

Esta vez las noticias fueron difundidas por los periódicos, es cierto. Pero las excesivamente elaboradas historias, redactadas con esa mezcla de prudencia y frivolidad que la prensa emplea habitualmente con las serpientes marinas, los fenómenos ocultos, y la transmisión del pensamiento y otros hechos irregulares, impidieron que alguien llegase a comprender que esas notables plantas fuesen hermanas del tranquilo y respetable arbusto que crecía en un rincón de nuestro jardín. Pero cuando comenzaron a publicarse algunas fotografías advertimos que las plantas eran idénticas. Sólo se diferenciaban por el tamaño.

Los hombres de los noticieros recogieron en seguida la novedad. El trabajo de volar a regiones incivilizadas fue sin duda recompensado con algunas buenas e interesantes fotografías, pero los encargados del montaje creían que más de unos segundos de cualquier tema –excepto un match de boxeo– paralizaban irremediablemente de aburrimiento a la totalidad del público. Mi primera visión, pues, de ese desarrollo que tanta importancia iba a tener en mi futuro, como en el de mucha otra gente, fue sólo un relámpago entre un concurso de hula en Honolulú y un acorazado botado por la Primera Dama. (Este no es un anacronismo. En ese entonces todavía construían acorazados; hasta los almirantes tenían que vivir.) Así que me permitieron ver a unos pocos trífidos que se balanceaban en la pantalla acompañados por el comentario que se supone adecuado para la mente del público aficionado al cine:

–Y ahora, amigos, observen lo que nuestro cameraman ha encontrado en Ecuador. ¡Vegetales de vacaciones! Estas cosas sólo se ven después de una fiesta, pero en el soleado Ecuador se las ve en cualquier momento, ¡y sin las molestas consecuencias del alcohol! ¡Plantas monstruosas en marcha! ¡Pero oigan, esto me da una gran idea! Quizá si educamos a nuestras patatas logremos que se metan ellas solas en el caldero. ¿Qué le parece, señora?

Durante el corto tiempo que duró la escena, yo miré fascinado. Ahí estaba la misteriosa planta de nuestro jardín, y con un tamaño de más de dos metros. No había duda, ¡y caminaba!

El tronco, algo nuevo para mí, estaba cubierto de raicillas. Sin aquellas delgadas protuberancias que crecían en la parte baja, hubiese sido casi redondo. Sostenido por esas protuberancias, se elevaba a unos treinta centímetros del suelo.

Cuando la planta "caminaba" parecía un hombre con muletas. Dos de las delgadas "piernas" se movían hacia adelante, y la planta se balanceaba hasta que la rama trasera alcanzaba casi a las otras dos. Estas volvían entonces a adelantarse. Con cada paso el largo "tallo" se sacudía violentamente hacia adelante y hacia atrás. Mareaba casi mirarlo. Como método de traslación parecía violento e incómodo a la vez, y recordaba los juegos de los elefantes jóvenes. Uno sentía que si la planta seguía sacudiéndose así, durante cierto trecho, terminaría por perder todas sus hojas, si es que no se quebraba el tallo. Sin embargo, a pesar de esa aparente torpeza, la planta se movía con la velocidad del paso común.

Eso fue todo lo que pude ver hasta que apareció la escena del acorazado. No era mucho, pero sí lo suficiente como para encender el espíritu de investigación de un jovencito. Pues si la planta podía hacer eso en el Ecuador, ¿por qué no iba a hacerlo en nuestro jardín? Indudablemente, la nuestra era mucho más pequeña, pero *parecía* la misma...

Minutos después de llegar a casa yo ya estaba excavando alrededor de nuestro trífido, removiendo cuidadosamente la tierra de su alrededor, como para animarlo a "caminar".

Infortunadamente esta planta autopropulsora tenía una característica que los hombres de los noticieros no habían experimentado, o que por alguna razón personal habían decidido no revelar. No hubo advertencia previa. Yo estaba allí, inclinado, tratando de sacar un poco de tierra sin dañar la planta, cuando algo que vino no sé de dónde me golpeó terriblemente y me desmayó...

Me desperté en cama. Mis padres y el médico me miraban con ansiedad. Sentía como si me hubieran abierto la cabeza; me dolía todo el cuerpo y como descubrí más tarde, tenía un cardenal en la cara. Me hicieron varias preguntas para saber por qué me había desmayado en el jardín, pero todo fue inútil, yo ignoraba totalmente qué me había golpeado. Y pasé algún tiempo antes de saber que yo había sido uno de los primeros en Inglaterra a quien había herido un trífido, y que había logrado salvarse. El trífido era, por supuesto, pequeño aún. Pero antes de que me recobrase del todo, mi padre descubrió sin duda qué me había ocurrido, pues cuando salí otra vez al jardín ya me había vengado duramente arrojando al fuego los restos de la planta.

Cuando la existencia de la planta se convirtió en un hecho indiscutible, la prensa abandonó la mesura inicial y le dedicó grandes titulares. Así que había que encontrar un nombre para esas plantas. Los botánicos ya estaban revolcándose, según su costumbre, en vocablos polisílabos, latinos y griegos, en busca de variantes de *ambulans* y *pseudopodia*; pero los periodistas y el público buscaban algo que se pronunciase sin dificultad y que se pudiera usar en los titulares. Si revisan ustedes los periódicos de aquella época encontrarán nombres como:

Trícodos	Trínitos
Tricornos	Tripedales
Trigenados	Trípedos
Trígonos	Triquetes
Trileños	Trípodes
Tridentados	Trípetos

y gran número de otras misteriosas denominaciones, que no siempre comenzaban con "tri", pero que se basaban, en su mayoría, en aquella raíz tridentada.

Hubo muchas discusiones: públicas, privadas, y de café, en las que se defendía un término u otro con razones aproximadamente científicas, cuasi etimológicas, y de otras clases; pero, poco a poco, un término comenzó a dominar en aquellos ejercicios filológicos. Un pegadizo nombrecito nacido en la oficina de algún diario para designar una rareza, pero que un día se asociaría al dolor, el miedo y la miseria: *trífido*...

> Cuando la existencia de la planta se convirtió en un hecho indiscutible, la prensa abandonó la mesura inicial y le dedicó grandes titulares.

El interés que el público mostró en un comienzo, desapareció muy pronto. Los trífidos eran, ciertamente, bastante extraños; pero sólo porque se trataba de una novedad. La gente había reaccionado del mismo modo ante las novedades de otras épocas: canguros, lagartos gigantes, cisnes negros. ¿Y eran acaso los trífidos más raros que los bagres, los avestruces, los renacuajos y otras tantas cosas? El murciélago era un mamífero que había aprendido a volar; bueno, ésta era una planta que había aprendido a caminar. ¿Qué diferencia había?

Pero había algunas características que no era posible dejar tan fácilmente de lado. De sus orígenes, los rusos, como era su costumbre, no dijeron nada. Aun aquellos que habían oído hablar de Umberto no lo relacionaron con los trífidos. La repentina aparición de estos seres, y aún más, su amplia distribución provocaron las más variadas hipótesis. Pues aunque la planta crecía con mayor rapidez en los trópicos, se encontraron ejemplares, más o menos desarrollados, en casi todas las regiones excepto los polos y los desiertos.

La gente se sorprendió, y hasta se disgustó un poco, cuando supo que la especie era carnívora y que las moscas y los otros insectos que caían en el cáliz eran digeridos por aquella sustancia pegajosa. Nosotros, los que vivíamos en zonas templadas, no ignorábamos la existencia de plantas insectívoras, pero no estábamos acostumbrados a verlas fuera de los invernaderos, y las considerábamos, en cierto modo, algo indecentes, o por lo menos impropias. El descubrimiento de que el enroscado extremo del tallo podía estirarse hasta alcanzar una longitud de tres metros y descargar además bastante veneno como para matar a un hombre si llegaba a tocarle la piel, fue de veras alarmante. Tan pronto como se comprendió la gravedad de esta amenaza, todos se lanzaron a arrancar y destrozar nerviosamente trífidos, hasta que a alguien se le ocurrió que bastaba quitarles el aguijón. El asalto, ligeramente histérico, a las plantas disminuyó entonces, pero el número de los trífidos había descendido ya de un modo considerable. Poco después se difundió la moda de tener uno o dos trífidos, cuidadosamente mutilados, en el jardín. Se descubrió que pasaban por lo menos dos años antes de que el perdido aguijón volviese a aparecer. Una poda anual les quitaba pues todo peligro, y servían así de motivo de diversión para los niños de la casa.

En los países templados, donde el hombre había logrado dominar todas las formas de la naturaleza, salvo la propia, la situación de los trífidos quedó perfectamente aclarada. Pero en los trópicos, particularmente en las regiones selváticas, pronto se convirtieron en un verdadero azote.

El viajero no advertía la presencia de un trífido entre los espesos matorrales y era golpeado al acercarse por el venenoso aguijón. Aun los naturales de aquellas regiones no veían fácilmente al trífido que acechaba inmóvil a un lado del sendero. Estas plantas eran increíblemente sensibles a cualquier movimiento y muy pocas veces se las sorprendía descuidadas.

Los trífidos se convirtieron en un serio problema en tales regiones. Lo mejor era cortarles la punta del tallo, y junto con él el aguijón. Los nativos de la selva iban armados de unas pértigas con ganchos afilados en la punta, muy útiles si lograban adelantarse, pero inservibles si el trífido se inclinaba hacia adelante aumentando así el alcance de su aguijón en más un metro. No pasó mucho tiempo, sin embargo, sin que estas garrochas fueran reemplazadas por armas de muelle de diferentes tipos. La mayoría de esas armas arrojaban discos, aspas y bumerangs de delgado acero. Como regla general eran poco seguras más allá de los doce metros, aunque capaces de cortar limpiamente el tallo de un trífido a una distancia de veinticinco si daban en el blanco. El invento agradó tanto a las autoridades –unánimemente enemigas de la portación indiscriminada de rifles– como de los usuarios que encontraban que los proyectiles de acero de hoja de afeitar eran más baratos y livianos que los cartuchos, y admirablemente adaptables al bandolerismo silencioso.

La naturaleza, las costumbres y la constitución de los trífidos fueron entusiastamente investigadas. Graves experimentadores trataron de determinar en interés de la ciencia qué distancia y durante cuánto tiempo podía caminar un trífido; si se podía decir que tenía un frente, o podía trasladarse en cualquier dirección con igual torpeza; cuánto tiempo tenía que pasarse con las raíces hundidas en la tierra; qué reacciones mostraba ante la presencia de ciertos elementos químicos, y una enorme cantidad de otras cuestiones, tanto útiles como inútiles.

El ejemplar de mayor tamaño encontrado en los trópicos llegaba casi a los tres metros de altura. No se vio ningún ejemplar europeo de más de dos metros y medio; los más comunes apenas superaban los dos metros. Según todas las apariencias se adaptaban fácilmente a muy diversos suelos y climas. No tenían, parecía, enemigos naturales... salvo los seres humanos.

SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDICIONES MINOTAURO.

de
los


UNA PLANTITA DE *THE DAY OF THE TRIFFIDS* (1963) EN ACCIÓN.

de su alrededor, como para animarlo a "caminar".

Infortunadamente esta planta autopropulsora tenía una característica que los hombres de los noticieros no habían experimentado, o que por alguna razón personal habían decidido no revelar. No hubo advertencia previa. Yo estaba allí, inclinado, tratando de sacar un poco de tierra sin dañar la planta, cuando algo que vino no sé de dónde me golpeó terriblemente y me desmayó...

Me desperté en cama. Mis padres y el médico me miraban con ansiedad. Sentía como si me hubieran abierto la cabeza; me dolía todo el cuerpo y como descubrí más tarde, tenía un cardenal en la cara. Me hicieron varias preguntas para saber por qué me había desmayado en el jardín, pero todo fue inútil, yo ignoraba totalmente qué me había golpeado. Y pasé algún tiempo antes de saber que yo había sido uno de los primeros en Inglaterra a quien había herido un trífido, y que había logrado salvarse. El trífido era, por supuesto, pequeño aún. Pero antes de que me recobrase del todo, mi padre descubrió sin duda qué me había ocurrido, pues cuando salí otra vez al jardín ya me había vengado duramente arrojando al fuego los restos de la planta.

Cuando la existencia de la planta se convirtió en un hecho indiscutible, la prensa abandonó la mesura inicial y le dedicó grandes titulares. Así que había que encontrar un nombre para esas plantas. Los botánicos ya estaban revolcándose, según su costumbre, en vocablos polisílabos, latinos y griegos, en busca de variantes de *ambulans* y *pseudopodia*; pero los periodistas y el público buscaban algo que se pronunciase sin dificultad y que se pudiera usar en los titulares. Si revisan ustedes los periódicos de aquella época encontrarán nombres como:

Trícodos	Trínitos
Tricornos	Tripedales
Trigenados	Trípedos
Trígonos	Triquetes
Trileños	Trípodes
Tridentados	Trípetos

y gran número de otras misteriosas denominaciones, que no siempre comenzaban con "tri", pero que se basaban, en su mayoría, en aquella raíz tridentada.

Hubo muchas discusiones: públicas, privadas, y de café, en las que se defendía un término u otro con razones aproximadamente científicas, cuasi etimológicas, y de otras clases; pero, poco a poco, un término comenzó a dominar en aquellos ejercicios filológicos. Un pegadizo nombrecito nacido en la oficina de algún diario para designar una rareza, pero que un día se asociaría al dolor, el miedo y la miseria: *trífido*...

El interés que el público mostró en un comienzo, desapareció muy pronto. Los trífidos eran, ciertamente, bastante extraños; pero sólo porque se trataba de una novedad. La gente había reaccionado del mismo modo ante las novedades de otras épocas: canguros, lagartos gigantes, cisnes negros. ¿Y eran acaso los trífidos más raros que los bagres, los avestruces, los renacuajos y otras tantas cosas? El murciélago era un mamífero que había aprendido a volar; bueno, ésta era una planta que había aprendido a caminar. ¿Qué diferencia había?

> Cuando la existencia de la planta se convirtió en un hecho indiscutible, la prensa abandonó la mesura inicial y le dedicó grandes titulares.

Pero había algunas características que no era posible dejar tan fácilmente de lado. De sus orígenes, los rusos, como era su costumbre, no dijeron nada. Aun aquellos que habían oído hablar de Umberto no lo relacionaron con los trífidos. La repentina aparición de estos seres, y aún más, su amplia distribución provocaron las más variadas hipótesis. Pues aunque la planta crecía con mayor rapidez en los trópicos, se encontraron ejemplares, más o menos desarrollados, en casi todas las regiones excepto los polos y los desiertos.

La gente se sorprendió, y hasta se disgustó un poco, cuando supo que la especie era carnívora y que las moscas y los otros insectos que caían en el cáliz eran digeridos por aquella sustancia pegajosa. Nosotros, los que vivíamos en zonas templadas, no ignorábamos la existencia de plantas insectívoras, pero no estábamos acostumbrados a verlas fuera de los invernaderos, y las considerábamos, en cierto modo, algo indecentes, o por lo menos impropias. El descubrimiento de que el enroscado extremo del tallo podía estirarse hasta alcanzar una longitud de tres metros y descargar además bastante veneno como para matar a un hombre si llegaba a tocarle la piel, fue de veras alarmante. Tan pronto como se comprendió la gravedad de esta amenaza, todos se lanzaron a arrancar y destrozar nerviosamente trífidos, hasta que a alguien se le ocurrió que bastaba quitarles el aguijón. El asalto, ligeramente histérico, a las plantas disminuyó entonces, pero el número de los trífidos había descendido ya de un modo considerable. Poco después se difundió la moda de tener uno o dos trífidos, cuidadosamente mutilados, en el jardín. Se descubrió que pasaban por lo menos dos años antes de que el perdido aguijón volviese a aparecer. Una poda anual les quitaba pues todo peligro, y servían así de motivo de diversión para los niños de la casa.

En los países templados, donde el hombre había logrado dominar todas las formas de la naturaleza, salvo la propia, la situación de los trífidos quedó perfectamente aclarada. Pero en los trópicos, particularmente en las regiones selváticas, pronto se convirtieron en un verdadero azote.

El viajero no advertía la presencia de un trífido entre los espesos matorrales y era golpeado al acercarse por el venenoso aguijón. Aun los naturales de aquellas regiones no veían fácilmente al trífido que acechaba inmóvil a un lado del sendero. Estas plantas eran increíblemente sensibles a cualquier movimiento y muy pocas veces se las sorprendía descuidadas.

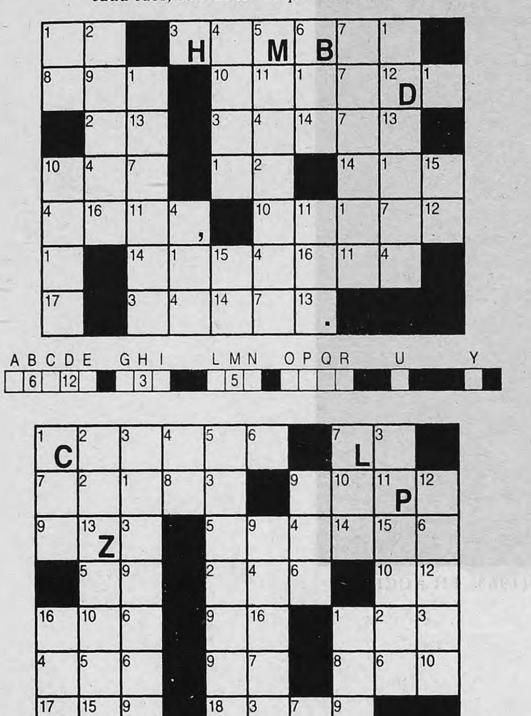
Los trífidos se convirtieron en un serio problema en tales regiones. Lo mejor era cortarles la punta del tallo, y junto con él el aguijón. Los nativos de la selva iban armados de unas pértigas con ganchos afilados en la punta, muy útiles si lograban adelantarse, pero inservibles si el trífido se inclinaba hacia adelante aumentando así el alcance de su aguijón en más un metro. No pasó mucho tiempo, sin embargo, sin que estas garrochas fueran reemplazadas por armas de muelle de diferentes tipos. La mayoría de esas armas arrojaban discos, aspas y bumerangs de delgado acero. Como regla general eran poco seguras más allá de los doce metros, aunque capaces de cortar limpiamente el tallo de un trífido a una distancia de veinticinco si daban en el blanco. El invento agradó tanto a las autoridades –unánimemente enemigas de la portación indiscriminada de rifles– como de los usuarios que encontraban que los proyectiles de acero de hoja de afeitar eran más baratos y livianos que los cartuchos, y admirablemente adaptables al bandolerismo silencioso.

La naturaleza, las costumbres y la constitución de los trífidos fueron entusiastamente investigadas. Graves experimentadores trataron de determinar en interés de la ciencia qué distancia y durante cuánto tiempo podía caminar un trífido; si se podía decir que tenía un frente, o podía trasladarse en cualquier dirección con igual torpeza; cuánto tiempo tenía que pasarse con las raíces hundidas en la tierra; qué reacciones mostraba ante la presencia de ciertos elementos químicos, y una enorme cantidad de otras cuestiones, tanto útiles como inútiles.

El ejemplar de mayor tamaño encontrado en los trópicos llegaba casi a los tres metros de altura. No se vio ningún ejemplar europeo de más de dos metros y medio; los más comunes apenas superaban los dos metros. Según todas las apariencias se adaptaban fácilmente a muy diversos suelos y climas. No tenían, parecía, enemigos naturales... salvo los seres humanos.

CRIPTOFRASES

En cada esquema se esconde una frase. A igual número corresponde igual letra. Como ayuda va un cuadro auxiliar en cada caso, con las letras que intervienen.



por Bill Hoest

SILVIO RODRIGUEZ

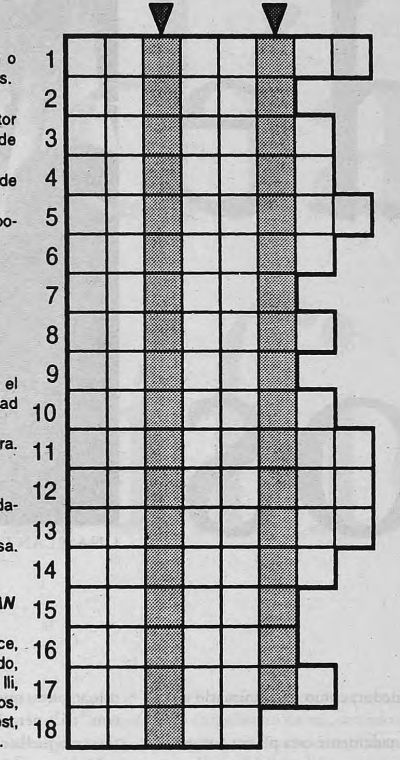
Encuentre las palabras definidas, ayudándose con la lista de sílabas que figura al pie, y escríbalas en el esquema. Al terminar podrá leer, en las columnas señaladas, una frase del trovador que encabeza la página.

DEFINICIONES

1. Persona que tiene mesón o posada para alojar viajeros.
2. Muy grande.
3. (Federico) Célebre director cinematográfico, autor de "Amarcord".
4. Propuesta demostrativa de una verdad.
5. Nombre vulgar de los miriápodos.
6. Que se puede disolver.
7. Miembro de la E.T.A.
8. Primer día de la semana.
9. Aminorar.
10. Molusco gasterópodo.
11. Capital de Rumania.
12. Introducir artificialmente el germen de una enfermedad en un organismo.
13. Ponerse preñada la hembra.
14. Ave rapaz falcónida.
15. Sacudir.
16. Dar a un metal las propiedades del acero.
17. Fracción, parte de una cosa.
18. Molusco que da perlas.

LAS PALABRAS SE FORMAN CON ESTAS SILABAS

a, a, a, bir, ble, bu, ca, ca, car, ce, ce, ciem, ción, col, con, cu, de, do, e, e, Fe, ga, gi, go, i, lán, lar, lu, lli, ma, me, min, ni, no, nor, o, os, piés, po, po, por, ra, rar, re, rest, ro, rra, sa, so, ta, tar, te, tra, vi.



BUENOS VIENTOS

Tenemos los resultados de la última regata de la clase Optimist realizada por nuestro club. Entérese de quiénes ocuparon los primeros puestos.

1. En el esquema usted verá unos signos que sirven como pistas. Si dos casillas tienen el mismo signo, quiere decir que tienen el mismo valor de verdad: o ambas son prohibiciones, o ambas son aciertos. En cambio, el par de casillas que contienen una, un cuadrado blanco, y la otra, uno negro, tienen valores opuestos: si una es prohibición, la otra es acierto.
2. Claudio ubicó su barco justo detrás del "Caimán". Ambos tienen velas con número par.
3. El 1881 se clasificó justo detrás de Livio y justo delante del "Alacrán".
4. Marcelo, que tiene un número de vela capicúa, quedó justo delante del "Dragón".
5. El "Basilisco" salió 4º.
6. Rodolfo no es el timonel del barco que salió 3º.

PUESTO	BARCO	Nº VELA	TIMONEL

		BARCO					Nº VELA					TIMONEL				
		"Alacrán"	"Basilisco"	"Caimán"	"Dragón"	"Iguana"	1307	1516	1881	2112	2468	Claudio	Gabriel	Livio	Marcelo	Rodolfo
PUESTO	1º														▲	
	2º															
	3º					▲								•		
	4º															
	5º							#								
TIMONEL	Claudio				#											
	Gabriel															
	Livio								□							
	Marcelo															
	Rodolfo	■														
Nº VELA	1307															
	1516															
	1881		•													
	2112															
	2468															

SOLUCIONES

BUENOS VIENTOS

1º, "Caimán", 2112, Marcelo.
2º, "Dragón", 2468, Claudio.
3º, "Iguana", 1307, Livio.
4º, "Basilisco", 1881, Gabriel.
5º "Alacrán", 1516, Rodolfo.

CRIPTOFRASES

"El hombre que pierde la honra por el negocio, pierde negocio y honra." Quevedo.

"Cuando la lucha empieza dentro de uno mismo es cuando el hombre vale." Browing.

SILVIO RODRIGUEZ

1. POSADERO/2. ENORME/3. FELLINI/4. TEOREMA/5. CIEMPIES/6. SOLUBLE/7. ETARRA/8. DOMINGO/9. APOCAR/10. CARACOL/11. BUCAREST/12. INOCULAR/13. CONCEBIR/14. GAVILAN/15. AGITAR/16. ACERAR/17. PORCION/18. OSTRA.

"Sólo el amor convierte en milagro el barro." Silvio Rodríguez